

COMENTARIO

Librenos Dios de execrar la retórica. La retórica puede ser, como tantas otras cosas, buena o mala. Eso que los mantecatos y los cobardes y los impotentes llaman retórica es el lenguaje de la pasión. La mala retórica es la que se aprende en los manuales; es la que remeda, en frío, los acentos encendidos de la pasión.

Retórica hay en toda obra grande, hasta en el Evangelio. Es decir, «hasta», no, sino «desde» el Evangelio. Las parábolas, metáforas y paradojas de que está repleto el Evangelio—donde no hay un solo silogismo ni más raciocinios forenses que los puestos en boca de los fariseos—, eso que hace su carne, ¿qué es sino retórica?

Lo execrable no es la retórica; lo execrable son los lugares comunes, los tópicos ya tradicionales, las frases hechas, cuando no las enciende y las renueva un soplo de pasión. Y de esos lugares comunes, de esos tópicos tradicionales, de esas frases hechas se compone el miserable lenguaje de esa gentecilla—o si queréis gentuza—que son los políticos profesionales. Políticos profesionales que se encuentran al frente del Gobierno en días de tragedia.

Y estos políticos profesionales dicen que esperan del patriotismo del pueblo obrero que no se dejará arrastrar por los agitadores profesionales, por los elementos extraños. ¡Agitadores profesionales! ¡Elementos extraños! ¿Y qué es eso? ¿Qué es eso, señor marqués de Alhucemas, por peor nombre García Prieto? ¿Qué es eso? ¿Quiénes son los agitadores profesionales? ¿Y no hay acaso los adormecedores profesionales?

¿Qué entiende por agitador profesional ese político profesional? Político cuya misión no ha sido agitar, ciertamente, sino adormecer; político que no parece tener el menor sentido de la dignidad de España.

Es bien trágico que en días como éstos tenga España a su frente a una insignificancia de ese calibre. Sospechamos que ni se ha enterado de que hay guerra en el mundo. Las frases que de cuando en cuando suelta nos hacen perder toda esperanza de remedio. Porque el país que tolera a su frente, siquiera en apariencia, a un fonógrafo así que da al aire los más resobados lugares comunes, los más miserables tópicos tradicionales, las más raídas frases hechas, es un país que no tiene remedio. ¿Que se esté haciendo como que hace de presidente del supuesto Consejo de ministros de este Gobierno interino de la interina España: pero que se calle! ¡Por Dios, que se calle! ¡Que se calle!

¿Que se calle! Porque soltar—que no decir—esas frases que suelta es insultar a la patria en sus días de agonia. ¿Que se calle!

¡Agitadores profesionales! ¿Qué es lo que entiende por agitadores profesionales esa gentecilla que ha hecho una profesión de la política?

¿Qué entiende por agitador profesional ese lamentable mozo arribista que no veía sino la mosca a cuya caza iba? ¿Qué entiende por agitador profesional ese que al ver aborrazarse el cielo no piensa sino en que el chaparrón le puede estropear el traje de ceremonia? ¿Qué entiende por eso quien ante el terremoto social que sacude al mundo civilizado sólo está pensando en las elecciones de su distrito?

¡Agitadores profesionales! ¡Y aunque así sea! Donde vosotros, montón de siervos, os dedicáis a adormecer, bien pueden y deben otros dedicarse a despertar y a agitar y a encender.

¿Que los otros son iguales o peores? No lo sé; puede ser; ¿pero es que no se ha de limpiar una cuadra porque al día siguiente se vuelva a ensuciar? ¿Es que no se ha de quitar el pus de una herida porque vuelva a formarse otro pus en ella? Hasta de porquería hay que cambiar. La vieja es siempre la peor.

¡Elementos extraños! ¿Extraños a qué o a quién?

Esa es una detestable retórica, por que es una retórica fría y falsa, por que es la retórica del miedo.

Cuando estáis llorando en escena, miserables cómicos, con un lloro conforme a las reglas del arte y siguiendo la pauta que el apuntador os traza, estada en el público un grito desgarrador de dolor; es el de una madre que ha visto que su hijo se ha caído del gallinero al patio. Y el grito de esta madre perturba todo el espectáculo, no por su angustia, sino porque pone de manifiesto toda la falsedad y la falsía, toda la torpeza y la mentira de los lloros escénicos.

Que procuren, por los medios que estén a su mano, mantener esa quiéscosa que llaman el orden y que no es sino el desorden sistematizado y la injusticia legalizada; están en su papel al hacerlo; pero que no insulten al hambre de pan y de justicia—más de justicia que de pan—hablando de agitadores profesionales. Es como eso de la seudonobleza de casa

y boca, la de la servidumbre palaciega, de que se glorifica hoy el asesinato, el robo y la violación. ¡Hasta la violación! ¿Cuántos de esos sedicentes nobles teme ser violado? ¿Y cómo? ¿Que lo diga!

¿Qué horrible retórica es la que inspira el miedo! ¡Señor marqués de Alhucemas, noble de nuevo cuño, y de Alhucemas, un peñón en Africa; señor yerno del que firmó el Tratado de París en vez de haberse retirado antes a su casa, gobierne interinamente y como le dejen o le dicten e impongan a esta España interina; pero déjese de esa hedionda retórica fría! ¡Firme y calle! ¡Firme lo que le manden firmar y callese esas vaciedades decrépitas!

Y, sobre todo, no invoque el patriotismo. Para ser patriota no basta querer serlo. Y hasta se llamó buena voluntad y buena fe—y esto sí que es retórica mala—a lo que no es ni voluntad ni fe, ni buenas ni malas.

Miguel de Unamuno.

